

Consciente infantilismo, volver a un algo ya vivido y del cual en cierto modo se siente añoranza, tal es la obra de Cristina Navarro, que con una sensibilidad puramente introspectiva, nos ofrece unos recuerdos mediante la sucesión de viñetas o esquemas que en absoluto resultan anecdóticos y cuyo seguimiento y análisis son los que nos introducen en aquello que la artista quiere y, a la vez, no desea delatar. Recuerdos de un ayer, recuerdos de un mañana que siempre existe y, tal vez un poco, la soledad, la inocencia de una mente incapaz de hacer daño a nadie y cuya expresión es la forma pictórico-poética. Vemos elementos que se repiten, pueden ser el hombre, el niño, la nube, el árbol o incluso la familia, pero casi siempre es la unión que constituyen la que nos expresa ese ayer externo que es hoy interno y futuro de un mañana. Todo ello dentro del contexto formado por un entorno meramente comunicativo y amparado en símbolos subyacentemente connotativos. Paisajes, cosas de otros mundos un tanto surreales e ingenuistas, se asoman a estos lienzos, para de una forma narrativa y a través de elementos sueltos, sin aparente relación pero que de hecho sí la tienen, narrarnos una historia suave y profunda a la que no todos los espectadores llegan a acceder, ya que la poesía y todo aquello sinónimo de profundo, son patrimonio de unos pocos, no de todos, aunque la artista quiera facilitar, de hecho, el acceso a estos mundos situados entre lo espiritual y lo corporal ofreciéndonos una vía de expresión sencilla y a la vez intelectualizada, por el fondo que existe en la obra presentada.